

HORACIO QUIROGA EN EL TALLER

Cómo trabajaba su prosa

I

Cuando se releen los cuentos de Quiroga y se cotejan los textos de su primera publicación en revistas o diarios rioplatenses, con las páginas duraderas de los libros en que —no en su totalidad— fueron recogidos más tarde, se advierte una seria preocupación por alcanzar el perfeccionamiento en el interés temático, en la expresión literaria y, sobre todo, en la escueta verdad. Tanto es así que por él parecen dichas aquellas palabras encendidas de Eugenio María de Hostos: “Dadme la verdad y os doy el mundo”. Su afán obsesivo por la verdad, descriptiva o narrativa, en función de la realidad motivadora del relato ofrece evidencias inobjetables, muchas veces sorprendentes, en esa incesante labor de corrección estilística y en su persistente resistencia a la tentación de decorar, artificiosamente, la fauna que puebla sus relatos. Así dijo en “Una serpiente de cascabel”:

“Yo me he ocupado con interés, lo confieso, y no una sola vez, de pájaros, perros, hormigas y hasta de un dinosaurio guayrense. Salvo en lo que concierne a este ser u otros similares, creo de buena fe haber aportado a la observación de los demás animales toda la probidad de que soy capaz. Si una larga convivencia con aquéllos en su ambiente, resta méritos a dicha probidad, no es menos cierto que he debido con frecuencia resistir a la tentación de decorar artificiosamente mi fauna. He hablado de lo que he visto”¹.

¹ En “El Hogar” de Buenos Aires del 27 de noviembre de 1931; recogidas en el tomo XIII, titulado “Idilio y otros

cuentos”, de las “Obras Completas” de Horacio Quiroga que, formando parte de la “Biblioteca Rodó”, editaron en

Guillermo de Torre, generalmente tan bien informado, afirma, a nuestro entender sin acierto, que Quiroga "había llegado a menospreciar excesivamente las artes del buen decir". Como si esto no fuera injustificado, agrega con notoria injusticia:

"Escribía, por momentos, una prosa que a fuerza de concisión resultaba confusa; a fuerza de desaliño, torpe y viciada. En rigor, no sentía la materia idiomática, no tenía el menor escrúpulo de pureza verbal".²

Nada mejor para demostrar la preocupación de Quiroga por escribir bien, por narrar mejor y por describir sin errores, que leer y cotejar cuento a cuento, en sus primeras publicaciones y en sus ediciones definitivas. Intentaremos dar una muestra de estas preocupaciones, con uno de los mejores cuentos misioneros de la mejor época quiroguiana. Nos referimos a "*Un peón*", que apareció, por vez primera, el 14 de enero de 1918, como "novela original de Horacio Quiroga", en el N^o 9 del año II de "La Novela Semanal", semanario que dirigían, en Buenos Aires, Miguel Sans y Armando del Castillo. Quiroga recogió años después, esta narración en el tomo titulado "*El Desierto*" (Editorial B. A. B. E. L., Buenos Aires, 1924). Los elementos inspiradores e integrantes de este cuento fueron detallada y minuciosamente recogidos y documentados en una libreta semejante a la que le sirvió para reunir las anotaciones que ilustran las páginas de "La tragedia de los ananás" (Croquis del monte), que fué la última narración publicada en vida de Quiroga, por "La Prensa" de Buenos Aires, en el número extraordinario de la edición del 1^o de enero de 1937, sección sexta, cuyo borrador original formó parte de la donación hecha por Darío Quiroga. Comienza de este modo³:

Montevideo, Claudio García y Compañía. Bajo el rótulo "La serpiente de cascabel", Quiroga publicó, en "Caras y Caretas" de Buenos Aires, otra descripción ecológica del mismo ofidio, que no figura en ninguno de los libros que entregó a la imprenta; en las referidas "Obras Completas", dicha página está inserta en el tomo XII, titulado "Cuento terciario y otros cuentos". Figura una página de idéntico título, en el libro de lectura que, con Leonardo Glusberg, escribió Quiroga ("Suelo Natal", Ed. F. Crespillo, B. Aires, 1931).

² QUIROGA, Horacio; "Cuentos es-

cogidos", Prólogo de Guillermo de Torre; N^o 276 de la colección "Crisol", Aguilar S. A., 1950, Madrid.

³ Las transcripciones que figuran en el presente ensayo, señaladas con (A), corresponden a los textos quiroguianos aparecidos, por primera vez, en las publicaciones que, en cada caso, se indican; las que se destacan con (B), muestran los correlativos pasajes de las transcripciones, tal como fueron destinados por Quiroga, al corregir las pruebas de imprenta, para la edición definitiva en libro.

A) Una tarde, en Misiones, acababa de almorzar cuando sonó *la campana*. Salí afuera y vi detenido en *el portoncito* a un hombre joven, con el sombrero en *la mano* y una valija en la otra.

Hacia *40º* fácilmente, que sobre la cabeza crepa de mi hombre *alcanzarían a 60º*. Yo parecía, sin embargo, inquietarse en lo más mínimo. Lo hice pasar, y el hombre avanzó sonriendo y mirando con curiosidad mis mandarinos que, dicho sea de paso, son el orgullo de la región —y el mío.

B) Una tarde, en Misiones, acababa de almorzar cuando sonó *el cencerro del portoncito*. Salí afuera y vi detenido a un hombre joven, con el sombrero en *una mano* y una valija en la otra.

Hacia *cuarenta grados* fácilmente, que sobre la cabeza crepa de mi hombre *obraban como sesenta*. No parecía *él*, sin embargo, inquietarse en lo más mínimo. Lo hice pasar, y el hombre avanzó sonriendo y mirando con curiosidad *la copa de* mis mandarinos *de cinco metros de diámetro* que, dicho sea de paso, son el orgullo de la región —y el mío.

Las modificaciones hechas en los breves trozos transcritos, revelan preocupación estilística. Obsérvese:

1º Cómo gana en expresión de verdad afectiva el cambio de “la campana” por “el cencerro del portoncito” y cómo, por este cambio, se determina sin caer en pobreza de léxico, dónde se había detenido el extraño visitante;

2º Cómo es más acertada la expresión “obraban como” que la dubitativa “alcanzarían a”;

3º Cómo emplea dos naturales formas pleonásticas: “salí afuera” y “lo más mínimo”, de uso frecuente y admitido. La primera es del tipo aceptado por la Academia en su “Gramática de la Lengua Española”. La segunda, como lo hemos documentado en otra ocasión, es forma utilizada por los mejores hablantes españoles y americanos, Rodó en primer término, y la propia Real Academia Española declara en “Advertencia de la edición de 1920” para la edición oficial, (1931), de la reformada Gramática: “. . .no se altera en *lo más mínimo* el plan general de la exposición de la doctrina”;⁴

4º La inserción redundante del pronombre *él* se explica por el deseo de evitar anfibología narrativa;

5º La inclusión de los detalles descriptivos “la copa de” y “de cinco metros de diámetro”, dan la verdadera razón para la curiosidad del visitante y el orgullo del propietario.

⁴ HERRERO MAYOR, Avelino, “Apuntes lexicográficos y gramaticales”;

Editorial Kapelusz y Cia., 1947, Buenos Aires.

Las correcciones procuran, casi siempre, mejorar el texto primitivo:

- a) enmendando errores léxicos o sintácticos;
- b) completando descripciones o narraciones con detalles significativos;
- c) sustituyendo palabras o frases por sus equivalentes, más correctas o más exactas;
- d) localizando lo ocurrido en el tiempo o en el espacio, por medio de la determinación precisa de las medidas, del instante o del lugar.

Más de doscientas diferencias entre los textos de la primera y de la última publicación de *Un peón* acreditan, de modo incontestable, que Horacio Quiroga no hacía vano alarde cuando combatía “porque se viera en el arte una tarea seria y no vana, dura y no al alcance del primer desocupado”⁵. . . Las modificaciones hechas en los cuentos aparecidos en “Caras y Caretas”, “Fray Mocho” o “Plus Ultra” que, más tarde, pasaron a integrar libros tales como *Cuentos de Amor de Locura y de Muerte* (“Buenos Aires” Sociedad Cooperativa Editorial Limitada, 1917, Buenos Aires),⁶ *El Salvaje* (*Idem*, 1920, Buenos Aires), *Anacón* (Agencia general de librería y publicaciones, 1921, Buenos Aires), *El Desierto* (Editorial Babel, 1924, Buenos Aires), no difieren, en número y en importancia.

Las preocupaciones de Quiroga no sólo se detenían en el perfeccionamiento estilístico; alcanzaban, de igual manera, a los títulos de sus cuentos. Las versiones definitivas, insertas en *Cuentos de Amor de Locura y de Muerte*, de los relatos aparecidos, años antes, bajo los títulos “El cigarro pateador” y “Un sueño de amor”, se titulan, respectivamente, “Nuestro primer cigarro” y “Una estación de amor”. La marcha de elefantes en la *jungla*, titulada “Reyes” que, en *El Salvaje* aparece como capítulo integrante de “Cuadrivio laico”, tuvo por título “Noche de reyes” al aparecer por primera vez, en “Caras y Caretas”. Pero, este “Cuadrivio laico” ofrece aún mayores dificultades: la primera parte, titulada “Naufragio” fué publicada, anteriormente, como “Cuento laico de Na-

⁵ QUIROGA, Horacio, “Ante el tribunal”, en “El Hogar” de Buenos Aires del 11 de septiembre de 1931.

⁶ GÁLVEZ, Manuel, “Recuerdos de la vida literaria (1900-1910) Amigos y maestros de la juventud”; Ed. Gui-

llermo Kraft Ltda. S. A., Buenos Aires, 1946. Recuerda Gálvez que Quiroga al dar el título para *Cuentos de Amor de Locura y de Muerte*, “no quiso que se le pusiera coma alguna entre esas palabras”.

vidad"; y la que se titula "Corpus", se llamó en la primitiva versión, "Historia divina y gramatical" . . . El cuento "Los bichitos", figura en "Anaconda", como "Los cascarudos". "El más grande encanto conyugal", al formar parte de "El Salva je", se titula "Cuento para novios". En el mencionado tomo "Anaconda", el primitivo cuento "La pandorga divina" se convierte en "El divino". "Un drama en la selva. El imperio de las víboras", fué publicado el 12 de abril de 1918, en "El Cuento Ilustrado" —Año I, Tomo I, N° 1— periódico literario que dirigió Quiroga en Buenos Aires. El mismo cuento inicia y da título al referido libro "Anaconda", en el que, además de modificarse el título del cuento, la anterior protagonista *Musurana* se convierte en *Anaconda*:

A) *Los dientes pequeños y agudos de Musurana* subían siempre . . . B) *Los 96 agudos dientes de Anaconda* subían siempre . . .

Cotéjense estos finales de los textos referenciados para comprobar la preocupación estilística de Quiroga en grado inusitado:

A) Cuando los hombres se levantaban para irse, vieron que Musurana, a quien habían creído muerta, volvía de su desmayo.

—Hermoso ejemplar— dijo el nuevo Director, acariciándola. Pocas veces alcanzan este tamaño. Deberíamos llevarla . . . Hoy ha vengado a su modo al pobre Ruiz . . . Acaso nos salve un día la vida a nosotros, contra esa chusma venenosa.

Y se fueron, llevando colgada de un palo que cargaban en los hombros a Musurana, que herida y exhausta de fuerzas, iba pensando en la Ñacatiná, cuyo destino, con menos altivez de su parte, podía haber sido semejante al suyo, pues, por poco que a ella, Musurana, le dejaran alguna libertad para recorrer su selva, sería bien feliz, pues al fin y al cabo valía más ser aliada del

B) Cuando los hombres se levantaban para irse se fijaron por primera vez en Anaconda, que comenzaba a revivir.

—¿Qué hace este boa por aquí?— dijo el nuevo director— No es este su país . . . A lo que parece, ha trabado relación con la cobra real . . . y nos ha vengado a su manera. Si logramos salvarla haremos una gran cosa, porque parece terriblemente envenenada. Llémosla. Acaso un día nos salve a nosotros de toda esta chusma venenosa.

Y se fueron, llevando de un palo que cargaban entre los dos hombros a Anaconda, que herida y exhausta de fuerzas iba pensando en Ñacatiná, cuyo destino, con un poco menos de altivez, podía haber sido semejante al suyo.

Anaconda no murió. Vivió un año con los hombres, curiosean-

Hombre, para exterminar malos bichos, como la dama asiática, Terrífica y el resto.

do y observándolo todo, hasta que una noche se fué. Pero la historia de este viaje remontando por largos meses el Paraná hasta más allá del Guayra, más allá todavía del golfo letal donde el Paraná toma el nombre de Río Muerto; la vida extraña que llevó Anaconda y el segundo viaje que emprendió por fin con sus hermanos sobre las aguas sucias de una gran inundación, —toda esta historia de rebelión y asalto de camalotes, pertenece a otro relato.

Los cambios que Horacio Quiroga realiza en “Anaconda” se complican más todavía, con el cuento “El Salvaje”. Este relato que encabeza y titula el libro homónimo de 1920, está constituido, en su redacción definitiva, por dos narraciones independientes, anteriormente aparecidas en revistas porteñas:

a) “El dinosaurio” que forma, con el título “El sueño”, la primera parte del cuento “El Salvaje”, apareció en el número 35 —año IV— de “Plus Ultra” en Buenos Aires, en marzo de 1919. (Por inexplicable error, tanto en el título como todas las veces que se menciona al animal antediluviano, en el texto primitivo, aparecen las formas “dinosaurio” o “nothosauro” y no “dino aurio” o “nothosaurio” como, corregidas, figuran en el texto definitivo);

b) “Cuento terciario” es, con el título, “La realidad”, la segunda parte de dicho relato “El Salvaje”; y apareció años antes, en “Caras y Caretas”.

Ambos cuentos éditos se aglutinan, pues, para formar uno solo que denomina al tomo “*El Salvaje*”.

Como ocurre en los casos ya estudiados, Quiroga modifica estos textos con curiosas alteraciones que determinan, por ejemplo, que la crecida del Guayra —que se describe— comenzó en “noviembre” y no en “abril”, como consta en el cuento “El dinosaurio”, aparecido en “Plus Ultra”. La canoa a que se hace referencia, en el texto de 1920, había sido llevada por la habilidad de “tres peones de obraje” y no por “dos”, como se había escrito en 1919...

El final definitivo de “El sueño” (antes “El dinosaurio”) en “El Salvaje”, enseña el permanente anhelo de Quiroga por enmendar sus propios textos:

A) Y mientras la canoa descendía por la costa —sintiéndome bajo el capote saturado de humedad, de selva y de diluvio, comprendí a la vista de aquel hombre que no apartaba los ojos de su cantil, no que estuviera loco, sino que un día u otro iba a vivir realmente lo que había soñado.

B) Y mientras la canoa descendía por la costa —sintiéndome bajo el capote saturado de humedad, de selva y de diluvio, comprendí que aquel mismo hombre había vivido realmente, hacia millones de años, lo que ahora había sido un sueño.

Modificaciones hechas a “Cuento terciario”, convertido en “La realidad”, como segunda parte de “El Salvaje”, ofrecen nuevas pruebas concluyentes de la obsesión quiroguiana:

A) Llovía desde la noche anterior. *Del bosque ahogado en vapores, caían gruesas gotas tibias sobre el suelo que se alzaba en desmesurada ascensión de helechos.* Una espesa y caliente bruma envolvía la fronda; y el bosque, ya pálido al sol, descoloría-se aún más tras la lluvia.

B) Llovía desde la noche anterior. *La alta selva goteaba sin tregua sobre los helechos tibios y lucientes* y una espesa y caliente bruma envolvía el paisaje fantástico.

Su vista se dirigía así al cober­tizo, al claro que lo había empa­pado. Sus ojos pequeños y de pupila diminuta, mostraban vivamente el blanco tras la protuberancia de las cejas. El hombre consideró largo rato el claro, pestañeando rápidamente.

El hombre consideró largo rato los agujeros del cielo, pestañeando rápidamente, y cambió de postura.

El calor continuaba creciendo. El aire resonaba de frotación de élitros y lloro de reptiles.

La fronda entera mugía ahora en un lloro de reptiles.

Una hora más en el campo para el hombre terciario, suponía las entrañas desgarradas.

Una hora más en la llanura suponía la muerte en las garras de las fieras nocturnas.

El arborícola, echado contra el peñasco, gruñía de fatiga y el hombre de las cavernas, con el cuello abierto en cinco ríos de

El vencedor, recostado contra el peñasco, jadeaba violentamente por la carrera, mientras a sus pies un nuevo hombre pagaba

sangre, pagaba *con su vida* el tributo a la conquista de la habitación. (*)

La leona se estrelló contra la piedra con un aullido que retumbó *en la caverna silenciosa*. Pero, *luego*, cuando los hombres terciarios se convencieron de que *ésta era para siempre suyo e inexpugnable*, los obstinados rugidos de la fiera fueron respondidos de adentro con pedradas y grandes alaridos.

Abundantes modificaciones presentan los textos correspondientes al cuento breve "A la deriva", en que se describe el dramático viaje de un hombre, mordido por una víbora, que sueña moribundo que habrá de llegar con vida a Tacurú-Pucú:⁷

A) *Dió un salto atrás*, y al volverse con un juramento, vió una yarará que arrollada sobre sí misma, *erguía inmóvil la cabeza presta a otro ataque*.

El bienestar avanzaba, y con él *un somnoliento retardo de la respiración*.

Desde *la cristalina sombra que velaba el agua bajo la selva oriental*, el monte *enviaba* su frescura crepuscular en penetrantes efluvios de azahar y miel

con cinco ríos de sangre el interminable tributo a la conquista de la habitación.

La leona se estrelló contra la piedra con un aullido que retumbó *en los corazones aterrados*, y *se obstinó horas y horas*. Pero, cuando los hombres terciarios se convencieron de que *la bestia no entraría, y la caverna era, por consiguiente, inexpugnable*, los rugidos de la fiera fueron respondidos de adentro con pedradas y grandes alaridos.

B) *Saltó adelante*, y al volverse con un juramento vió una yararacusú que arrollada sobre sí misma *esperaba otro ataque*.

El bienestar avanzaba y con él *una somnolencia llena de recuerdos*.

Desde *la costa paraguaya ya entenebrecida*, el monte *dejaba caer sobre el río*, su frescura crepuscular, en penetrantes efluvios de azahar y miel silvestre. Una

(*) En su folletín "El devorador de hombres", Quiroga repite esta metáfora hiperbólica: "...de la garganta del príncipe surgían cinco ríos de sangre...".

⁷ En el texto primitivo, por dos veces, aparece la errata Tacurú Pacú que, lamentablemente, se generaliza en la edición Aguilar de Guillermo Torre, en la colección "Crisol". Quiroga escribió Tacurú Pucú (en guaraní: *tacurú* = hormiguero; *pacú*

alto, elevado) y no Tacuru Pacú (en guaraní: *tacurú* = hormiguero; *pacú* = nombre vulgar del pez de río, *myletes orbignyanus*). En la redacción definitiva de "A la deriva", figura Tacurú Pucú, las cuatro veces que se menciona el lugar.

silvestre. Una pareja de *loros* cruzó en silencio el Paraguay. pareja de *guacamayos* cruzó *muy alto* y en silencio *hacia* el Paraguay.

Al recoger en “*Cuentos de Amor, de Locura y de Muerte*”, el relato “Los ojos sombríos”, Quiroga, implacablemente, suprime el siguiente párrafo inicial de la primera redacción:

“Cuando rompí con Elena, pasé días muy duros. Al despertarme, sobre todo, quedaba un instante con la mente vaga e inquieta, como si algo terrible pudiera haberme pasado en sueños. Y de golpe, la atroz realidad me sumía en su renovada amargura”.

El cuento continúa con modificaciones en las versiones recogidas. He aquí algunas de ellas:

A) Después de las primeras semanas *el dolor se apaciguó*, y en una noche de ésas no pude evitar asistir a un baile.

Estaba pálido, y su respiración acelerada le cerraba los labios.

¡Vezzera! — exclamé *con más rudeza de lo que las conveniencias permitían*.

Vi bien claro la ridiculez en que *caía*; pero tuve que hacerlo. María soltó la risa, *siendo en ésta mucho más notable* el cansancio de sus ojos.

Apenas me respondía, *si bien no sostenía*, aunque *hacía todo lo posible para ello*, mi mirada un solo momento.

B) Después de las primeras semanas *de romper con Elena*, una noche no pude evitar asistir a un baile.

Tenia las ventanas de la nariz contraídas, y su respiración acelerada le cerraba los labios.

¡Vezzera! — exclamé.

Ya antes de decir esto, vi bien claro la ridiculez en que *iba a caer*; pero tuve que hacerlo. María soltó la risa, *notándose así mucho más* el cansancio de sus ojos.

Apenas me respondía, y aunque *se esforzaba en ello*, *no podía sostener* mi mirada un solo momento.

El final del cuento “Un idilio —que figura en “*El Salvaje*”— se cambia al pasar a la redacción definitiva. Así, el fin del texto en el libro dice: “Y era lo que ellos hacían”, que reemplaza a esta conclusión del cuento al ser publicado por primera vez:

“Nicholson y Sofía, que se miraban, no oyeron una sola palabra. Y aun tuvo la señora de Saavedra que levantar la voz,

para que se acordaran de que en el mundo había muchas otras cosas fuera de ellos”.

En “El divino” —última redacción de “La pandorga divina”— queda eliminada, además de otros párrafos, esta digresión aclaratoria, para mantener tenso el interés del relato:

“En aquellas tenebrosidades de una selva maciza desde Villa Encarnación hasta la boca del Amazonas, la gente nace y muere sin salir jamás de la penumbra forestal. Hay a veces un claro de bo que, de ocho o diez hectáreas, y tan accidental que los montaraces lo aprovechan en seguida. Pastan en él tres o cuatro vacas, otros tantos caballos, y se asienta así un pueblo”.

El cuento “Los bichitos”, que se titula en “*Anaconda*”, “Los cascarudos” —voz de uso popular para referirse a los coleópteros— ofrece estas dos versiones finales que corresponden a las publicaciones primera y última:

A) Y luego, cierta languidez de estómago que sufrían los peones aquéllos, resultas de haber visto a diario comer alacranes a herr Franke y compañía. Los sacaban de unos tarros y los comían por las patitas . . .

Así nos lo contó horrorizada la mujer de un peón, que actuó en casa cierto tiempo de cocinera. Parecía hallarse; pero al mes siguiente nos dejó para seguir a su marido que, pensativo sobre la azada, convalecía aún de su furor entomológico.

(*Los bichitos*).

B) Pero lo más horrible de todo es que los peones habían visto ellos mismos más de una vez comer alacranes al naturalista. Los sacaba de un tarro y los comía por las patitas . . .

(*Los cascarudos*).

La doble versión de “Los cazadores de ratas” enseña nuevas pruebas sobre el afán de modificaciones en la expresión:

A) Una siesta de *verano*, las víboras de cascabel que dormían *su ignea modorra* sobre la greda, se *irguieron* bruscamente al oír insólito ruido. Como la vista no es su agudeza *peculiar*, mantuviéronse inmóviles mientras *aquél se aproximaba*.

B) Una siesta de *invierno*, las víboras de cascabel, que dormían *extendidas* sobre la greda, se *arrollaron* bruscamente al oír insólito ruido. Como la vista no es su agudeza *particular*, mantuviéronse inmóviles, mientras *prestaban* oído.

... las víboras quisieron huir, pero, no tuvieron tiempo. El colono avanzando con precaución, llegó y no vió sino una. Detívose con brusca sacudida, echó una rápida ojeada alrededor buscando un arma...

La descarga, a boca de jarro, arrancó totalmente la cabeza.

... las víboras quisieron huir, pero, sólo una tuvo el tiempo necesario, y el colono halló sólo al macho. El hombre echó una rápida ojeada alrededor buscando un arma...

El filo de la azada descargada con terrible fuerza, cercenó totalmente la cabeza.

Son notorias, también, las diferencias entre la redacción primitiva de "Una bofetada" y su inclusión en "El Salvaje":

A) *Este, seguro esta vez de que aquello iba derecho a la muerte de uno u otro, sacó el revólver. El tiro tuvo tiempo de salir, pero a la loca: de un salto, el mensú había caído sobre Korner, y un machetazo había lanzado al aire el revólver y el índice y el pulgar de la mano.*

B) *Korner sacó el revólver e hizo fuego. El tiro tuvo tiempo de salir, pero a la loca: un revés de machete había lanzado al aire el revólver, con el índice adherido al gatillo.*

Bajo el cielo de oro, la jangada derivaba sobre el río también de oro, huía a siete millas por hora, con Korner encima, entraba en la sombra transparente de la costa occidental, corría siempre en su inmensa superficie como brazos abiertos, a abrazar y estrellarse en algún acantilado de basalto.

Bajo el cielo aún verde la jangada derivaba girando, entraba en la sombra transparente de la costa paraguaya, para resurgir de nuevo, sólo una línea ya.

Los finales de ambas versiones son, por igual, excelentes, aunque totalmente distintos; y esto merece ser destacado porque quien tal proeza literaria efectuaba, tenía muchas veces, que escribir o publicar bajo el apremio y ante la necesidad de vivir, que no dan tiempo para estos "lujos" de escritor:

A) *El mensú derivaba también en línea oblicua hacia la orilla opuesta, oprimiéndose de vez en cuando los tendones de su muñeca derecha. Dura tarea aqué-*

B) *El mensú derivaba también oblicuamente hacia el Brasil, donde debía permanecer hasta el fin de sus días. —Voy a perder la bandera — murmuraba, mien-*

lla, pero que el patrón, allá a lo lejos, no lo obligaría más a recomenzar.

tras se ataba un hilo en la muñeca fatigada. Y con una fría mirada a la jangada que iba al desastre inevitable, concluyó entre los dientes:

—Pero ése no va a sopapear más a nadie, gringo de un añá mem-bui!

Entre el enorme número de dobles versiones que poseemos, seleccionaremos algunos ejemplos ilustrativos:

A) El enjambre era prodigioso, y apenas bastaban los 15 centímetros de entrada para el violento escape, *pudiéndose creer que viejas obreras de dorso pelado, velludas, recién nacidas, zánganos y reinas desertarian en el bloque de la colmena.*

(*La reina italiana*).

Pero las abejas le hicieron comprender que si la miel, *su propia miel* que producían, era *en cierto modo propiedad exclusiva de Kean*, no se había hecho jamás mención del derecho a enjambrar. *Y este derecho entendían ellas ser inherente a su propia existencia, no pudiendo, por consiguiente, ser incluido en el compromiso de usufructo mutuo que habían hecho con el hombre Kean.*

(*Idem*).

Acompañábanlos dos muchachas, orgullosas de *sus hombres*, y *siete días consecutivos debía durar esa opulencia.*

(*Los mensú*).

Desde el sendero, los insultos proseguían, tratando de hallar orientación al winchester. No era ésta la única arma de los cazadores; pero, como dentro del monte, el que ataca tiene cien probabilidades contra una de ser detenido por una bala . . .

(*Idem*).

B) El enjambre era prodigioso, y apenas bastaban los 15 centímetros de entrada para el violento escape.

(*La reina italiana*).

Pero las abejas le hicieron comprender que si la miel que producían era *su debido tributo al hombre Kean*, en el pacto no se había hecho mención del derecho a enjambrar.

(*Idem*).

Acompañábanlos dos muchachas, orgullosas de esa opulencia.

(*Los mensú*).

Los perseguidores lo presumían; pero como dentro del monte, el que ataca tiene cien probabilidades contra una de ser detenido por una bala . . .

(*Idem*).

Cayé vió el delirio de aquellos ojos que no iban a ver mucho más...

(Idem).

Cayé vió que poco podía esperar de aquel delirio...

(Idem)

...y corrían mugiendo con la lengua mordida...

(La gallina degollada).

...y corrían entonces mordiéndose la lengua y mugiendo.

(La gallina degollada).

II

Creemos haber documentado que no es tan verdadera, como se ha sostenido, "la indiferencia retórica" de Horacio Quiroga. En la casi totalidad de los ejemplos enumerados se advierte afán de mejorar su prosa, castigando la expresión —si así pudiera decirse— para alcanzar el propósito. Pero, hay otra seria y obsesiva preocupación: la de no alterar la verdad, dentro del más limpio desarrollo estético, ciñéndose a detalles que, para el común de los escritores, suelen ser materia poco menos que indiferente. Las modificaciones hechas en los textos para dar, en la publicación duradera del libro, datos precisos y ciertos, demuestran que, en Quiroga, la tensión emocional preconizada, no debía ser resultancia sencilla de preocupación intelectual, ni fruto de fantasista imaginación creadora: él había vivido inmerso en los dramas que hinchaban sus cuentos; el elemento trágico que de ellos emerge, no debía ceñirse sino a la exactitud austera de la misma realidad, no deformada y exenta de toda fantasía. En este sentido, bastarán pocos ejemplos para apreciar la importancia que, desde el punto de vista quiroguiano, tenían ciertas puntualizaciones precisas y mínimas que lindan con un detallismo inacostumbrado por lo puntilloso, en el desarrollo verídico o verosímil de cada cuento:

A) ...dejó su valija sobre una mesita...

(Un peón)

B) ...dejó su valija sobre la mesita...

El paisaje estaba muerto en el silencio henchido de un zumbido uniforme...

(Idem)

El paisaje estaba muerto en un silencio henchido de un zumbido uniforme...

(Idem)

Al cabo de tres horas regresé.

(Idem)

Al cabo de una hora regresé.

(Idem)

El ambiente de un bananal, a las dos de la tarde...

(Idem)

El ambiente a la siesta de un bananal...

(Idem)

...el tercero alcanzaban a 80.
(*Idem*)

Yo esperaba ver los dos clásicos puntitos de los colmillos —*más o menos juntos*, pero siempre muy cerca. Los dos agujeros *esos*, de que *corrían* babeando dos *cin*-tas de sangre, estaban a *tres* centímetros uno de otro; *casi dos dedos*. La víbora, pues, *era* enorme.

(*Un peón*)

...una víbora de metro y *medio*...

(*Idem*)

Con todo, tuve un poco de sorpresa al *extraerle* el veneno: *tenía* aún 42 gotas de veneno, 21 en cada glándula.

(*Idem*)

Yo le debía 7.50, *pues no había concluido* su semana.

(*Idem*)

En su ansia del fruto prohibido durante *días*, su hambre no *veía*...

(*El salvaje*)

La caverna honda de *diez* metros, estaba *abovedada en la roca viva* y *vagamente* clara aún.

(*Idem*)

Oyó en el *rodar* de un guijarro el paso furtivo del león que se acercaba, y cuando estuvo a *dos* metros sintió el roce de su crin contra la roca.

(*Idem*)

El hombre vió de frente las luces verdes *e irguiendo* desesperadamente *su maza partida*, esperó el salto.

(*Idem*)

...el tercero alcanzaban a 70.
(*Idem*)

Yo esperaba ver *muy juntos* los dos clásicos puntitos de los colmillos. Los dos agujeros *aquellos*, de que *aún fluían* dos hilos de sangre, estaban a *cuatro* centímetros uno de otro; *dos dedos de separación*. La víbora, pues, *debía ser* enorme.

(*Un peón*)

...una víbora de *un* metro ochenta...

(*Idem*)

Con todo, tuve un poco de sorpresa al *extraer* el veneno *al animalito*: *vertió* aún 21 gotas por cada colmillo, —*casi dos gramos de veneno*.

(*Idem*)

Yo le debía *sus días* de semana.

(*Idem*)

En su ansia del fruto prohibido durante *meses*, su hambre no *disminuía*...

(*El salvaje*)

La caverna *vaciada en roca viva* y honda de *veinte* metros, estaba clara aún...

(*Idem*)

Oyó en el *choque* de *dos* guijarros el paso furtivo del león que se acercaba, y cuando estuvo a *cinco* metros sintió el roce de su crin contra la roca.

(*Idem*)

El hombre vió de frente las luces verdes, *y empuñando* desesperadamente *lo que le quedaba de maza*, esperó.

(*Idem*)

Y en esos <i>diez</i> minutos de agonía...	Y en esos <i>dos</i> minutos de agonía...
(<i>Idem</i>)	(<i>Idem</i>)
En fin, Boedo, 1483; departamento 4...	En fin, Boedo, 1483; departamento 14...
(<i>Un sueño de amor</i>)	(<i>Una estación de amor</i>)
A las <i>ocho</i> de la noche Lidia llegó corriendo a la pieza de Nébel...	A las <i>diez</i> de la noche Lidia llegó corriendo a la pieza de Nébel.
(<i>Idem</i>)	(<i>Idem</i>)
A las <i>diez de esa noche</i> murió.	A la <i>una de la mañana</i> murió.
(<i>Idem</i>)	(<i>Idem</i>)
Al día siguiente, tras el entierro...	Esa tarde, tras el entierro...
(<i>Idem</i>)	(<i>Idem</i>)
Después de <i>seis</i> días fui a su casa.	Después de <i>quince</i> días fui a su casa.
(<i>Idem</i>)	(<i>Idem</i>)
A las <i>cinco</i> , el último se levantó.	A las <i>seis</i> , el último se levantó.
(<i>Los buques suicidantes</i>)	(<i>Los buques suicidantes</i>)
...cuyas paredes altas de <i>ochenta</i> metros...	...cuyas paredes altas de <i>cien</i> metros...
(<i>A la deriva</i>)	(<i>A la deriva</i>)
Howard había ido al fondo <i>del Paraguay</i> , sobre la frontera del Brasil...	Howard había ido al fondo de <i>de Misiones</i> , sobre la frontera con el Brasil...
(<i>La pandorga divina</i>)	(<i>El divino</i>)
...aparte de los tres o cuatro mil cachos que desde <i>octubre</i> a mayo bajaban a Posadas.	...aparte de los tres o cuatro mil cachos que desde <i>noviembre</i> a mayo bajaban a Posadas.
(<i>Los bichitos</i>)	(<i>Los cascarudos</i>)
<i>De este modo vi días atrás</i> , sin el menor trastorno poético, morir uno en Palermo.	<i>He visto morir el otro día</i> en Palermo sin el menor trastorno poético.
(<i>El cisne blanco</i>)	(<i>El cisne blanco</i>)
El colmillo sale por la órbita roja.	La <i>punta del</i> colmillo sale por la órbita roja.
(<i>Noche de Reyes</i>)	(<i>Cuadrivio laico: Reyes</i>)

La preocupación constante por la precisión y la verdad tiene hondas raíces en el hacer literario de Horacio Quiroga. Una de las primeras páginas que publicó en Buenos Aires y que, como tantas otras, no recogió en libro, se titula "Almas cándidas"; apareció en el suplemento dominical de "La Nación" del 2 de noviembre de 1905. En ella se descubren, con ternura, los desvelos de unos jóvenes esposos ante la muerte de un perro, que terminan por enterrar "en silencio, con los ojos llenos de lágrimas". Muerto el perro, se produce entre el matrimonio joven el siguiente diálogo que no tiene otra razón que precisar el "dato cierto" sobre la hora de la muerte del can:

—¿Murió a las 2?

—Sí, a las 2 y media".

Y Quiroga justifica quizás esta pregunta y esta respuesta innecesarias, aclarando: "Cuando se pierde un animal así, bueno como pocos, justo es que no se piense sino en él".

(Dato curioso: pocos días después —el 18 de noviembre de 1905— "Caras y Caretas" insertó la primera colaboración de Quiroga: "Europa y América", cuento en el que ensaya una risueña ironía a lo Eça de Queiroz que cultiva, con e casa frecuencia, en sus narraciones posteriores).

Quiroga persiguió con ahinco la claridad, la precisión y la concisión en el lenguaje. No rehuyó el uso de americanismos de empleo frecuente en el habla diaria de las personas cultas. No fué un ortodoxo en la liturgia del purismo léxico y de la corrección gramatical. Pero, no llegó al desaliño que algunos quieren ver en su prosa. Sus preocupaciones estilísticas que, —quiérase o no, tienen tal significado las que dejamos consignadas—, evidencian que, poco a poco, abandonó la artificiosidad decadentista de que hay ejemplos en las páginas de "*Los arrecifes de coral*"⁸. La naturalidad narrativa y el vigor descriptivo adquieren extraordinarias evidencias en algunas páginas quiroguianas en que el arte se hermana con la vida. La tensión emocional de lo dramático surge, por ejemplo, en "La serpiente de cascabel", sólo de lo verdadero y natural de lo descripto o narrado: la belleza está en la asombrosa sobriedad con que Quiroga cuenta lo ocurrido que, presumiblemente, presencié. Afloran, a veces, en el curso de sus relatos, desahogo de su corazón de sentimental, metido en un hombre selvático de apariencia huidiza e hirsuta. No temió, por esto, desnudar su intimidad en reflexiones de origen autobiográfico, siendo como era tan parco en la confidencia conversacional. Así an-

⁸ QUIROGA, H o r a c i o, "Los
a r r e c i f e s d e c o r a l";

Imprenta "El Siglo Ilustrado", 1901,
Montevideo.

tipica con profética y viril reflexión, en la páginas casi autobiográficas de “Los ojos sombríos” —desfiguración atenuada de tierna realidad inspiradora— esta explicación de lo que iba a protagonizar muchos años después:

“Usted sabe qué terrible fuerza de atracción tiene el suicidio, cuando la idea fija se ha enredado en una madeja de nervios enfermos”.

Fué precisamente, lo que sucedió a Horacio Quiroga, el 19 de febrero de 1937, cuando, tras doloroso cuadro de hospital, apuró, para suicidarse, según dijo César Tiempo, “una dosis de cianuro capaz de tumbar a un dinosaurio”. . .

Montevideo, febrero de 1955.

JOSÉ PEREIRA RODRÍGUEZ.